

NEIL FAULKNER

DE LOS NEANDERTALES A LOS NEOLIBERALES

Una historia marxista del mundo

Traducción castellana de
JUANMARI MADARIAGA

PASADO & PRESENTE

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

ÍNDICE

PREFACIO PARA LA EDICIÓN EN CASTELLANO	7
INTRODUCCIÓN: POR QUÉ TIENE TANTA IMPORTANCIA	
LA HISTORIA	11
1. CAZADORES-RECOLECTORES Y AGRICULTORES-PASTORES	
(entre 2,5 millones y 5000 ap)	15
La revolución del género <i>Homo</i>	17
La revolución de la especie <i>Homo sapiens</i>	20
La revolución neolítica: de cazadores y recolectores nómadas a agricultores y pastores sedentarios	24
Los orígenes de la guerra y la religión	28
El ascenso de los expertos y la difusión de nuevas relaciones familiares y sociales	31
2. LAS PRIMERAS SOCIEDADES DE CLASE (entre 5000 y 3000 ap) . .	35
La primera clase dominante	36
La difusión de la civilización	40
Crisis en la Edad del Bronce	43
Cómo funciona la historia	47
Los hombres de hierro	50
3. ANTIGUOS IMPERIOS (c. 1000-30 a. e. c.)	55
Persia: el imperio aqueménida	57
India: el imperio Maurya	59
China: el imperio Qin	62
La revolución democrática griega	66
El imperio macedónico	70
El imperialismo militar romano	73

La revolución romana	76
4. EL FIN DE LA ANTIGÜEDAD (c. 30 a. e. c.-650 de la e. c.)	81
La crisis de finales de la Antigüedad	83
Hunos, godos, germanos y romanos	86
Diosas-madres y deidades del poder	90
Judaísmo, cristianismo e islam	93
Árabes, persas y bizantinos	96
5. EL MUNDO MEDIEVAL (c. 650-1500)	101
La revolución abasí	102
Hindúes, budistas y el imperio Gupta	106
La puerta giratoria de la historia china	109
África: pastores de ganado, maestros herreros y estados comerciantes	112
Imperios del nuevo mundo: mayas, aztecas e incas.	116
6. EL FEUDALISMO EUROPEO (c. 650-1500)	121
Los ciclos y las flechas del tiempo	122
La peculiaridad de Europa	125
El ascenso del feudalismo europeo	128
Cruzadas y yihad	131
Señores, burgueses y campesinos en la Europa medieval	134
La lucha de clases en la Europa medieval	137
Las nuevas monarquías	140
El nuevo colonialismo	143
7. LA PRIMERA OLEADA DE REVOLUCIONES BURGUESAS (1517-1775)	147
La Reforma protestante	148
La Contrarreforma.	152
La Revolución neerlandesa	157
La guerra de los Treinta Años	160
Las causas de la Revolución inglesa.	164
Revolución y guerra civil.	168
El ejército, los Niveladores y la Commonwealth	171
Colonias, esclavismo y racismo	175
Guerras imperiales.	178

8. LA SEGUNDA OLEADA DE REVOLUCIONES	
BURGUESAS (1775-1815)	183
La Ilustración	185
La Revolución americana	188
La toma de la Bastilla	193
La dictadura jacobina	196
De Termidor a Napoleón	200
Toussaint Louverture y la revolución de los esclavos en Haití	203
Simón Bolívar y las revoluciones hispanoamericanas	207
9. LA EXPANSIÓN DEL CAPITALISMO INDUSTRIAL (c. 1750-1850)	213
La revolución industrial	215
Los cartistas y los orígenes del movimiento obrero	218
Las revoluciones de 1848	222
¿Qué es el marxismo?	226
¿Qué es el capitalismo?	230
La formación de la clase obrera	234
10. LA ERA DE SANGRE Y HIERRO (1848-1896)	239
La sublevación india	240
El <i>Risorgimento</i> italiano	244
La guerra civil estadounidense	247
La Restauración Meiji en Japón	251
La unificación de Alemania	254
La Comuna de París	258
La Larga Depresión, 1873-1896	262
11. IMPERIALISMO Y GUERRA (1873-1918)	267
La rebatiña por África	269
La violación de China	272
¿Qué es el imperialismo?	276
La revolución de 1905: el gran ensayo general en Rusia	280
El imperio otomano y la revolución de los «jóvenes turcos» en 1908	284
1914: caída en la barbarie	288
¿Reforma o revolución?	292
La Primera Guerra Mundial	296

12. LA OLEADA REVOLUCIONARIA (1917-1928)	301
1917: la revolución de febrero	302
La dualidad de poder: la dinámica de la revolución.	306
De febrero a octubre: los ritmos de la revolución	310
1917: la insurrección de octubre	314
1918: el final de la guerra mundial.	318
La revolución alemana	322
El «bienio rojo» en Italia	325
Revolución mundial.	328
La primera revolución china (Xinhai).	331
Emiliano Zapata y la revolución mexicana	335
Rebeliones contra el colonialismo	340
El estalinismo, amargo fruto de la derrota revolucionaria.	344
13. LA GRAN DEPRESIÓN Y EL ASCENSO DEL FASCISMO (1929-1939).	349
Los felices años veinte	350
Los hambrientos años treinta.	355
1933: la toma del poder por los nazis	358
El capitalismo de estado en la Unión Soviética	363
Junio de 1936: la huelga general y las ocupaciones de fábricas en Francia	368
La guerra civil española	372
Las causas de la Segunda Guerra Mundial.	377
14. GUERRA MUNDIAL Y GUERRA FRÍA (1939-1967)	383
La Segunda Guerra Mundial: imperialismo.	385
La Segunda Guerra Mundial: barbarie	389
La Segunda Guerra Mundial: resistencia.	392
La Guerra Fría	396
El gran <i>boom</i>	400
La China maoísta	403
¿El fin del imperio?	407
Petróleo, sionismo e imperialismo occidental	411
1956: Hungría y Suez.	415
Che Guevara y la revolución cubana.	419
15. EL NUEVO DESORDEN MUNDIAL (1968-presente)	425
La guerra de Vietnam.	427
1968	431

1968-1975: la rebelión obrera	434
El otro 11 de septiembre: revolución y contrarrevolución en Chile.....	439
La Larga Recesión, 1973-1992	443
¿Qué es el neoliberalismo?	447
La revolución nicaragüense.....	451
1989: la caída del estalinismo.....	456
Chávez, Venezuela y la «revolución bolivariana»	460
El 11 de Septiembre, la «guerra contra el terror» y el Nuevo Imperialismo	464
El <i>crash</i> de 2008: de la burbuja al agujero negro	469
La Segunda Gran Depresión	473
CONCLUSIÓN: PREPARANDO EL FUTURO	477
La riqueza del mundo.....	477
La Bestia.....	478
¿Revolución en el siglo XXI?	484
¿Apocalipsis de quién y para quién?	486
<i>Bibliografía</i>	489
<i>Índice alfabético</i>	507

¿QUÉ ES EL NEOLIBERALISMO?

El neoliberalismo (anteriormente llamado «monetarismo» y en Gran Bretaña «thatcherismo») es a veces minusvalorado como poco más que una aberración ideológica, pero esto es un serio error. Es cierto que la teoría del «libre mercado» defendida por los académicos, periodistas, políticos, banqueros y empresarios neoliberales es absolutamente incapaz de explicar cómo funciona actualmente la economía capitalista; en su lugar ofrece una justificación pseudocientífica para la codicia, la pobreza y el caos endémico del sistema, así como para la obscena riqueza de la elite política y empresarial. En ese sentido, el neoliberalismo es simplemente la autojustificación ideológica de la clase dominante.

Pero hasta la década de 1970 el neoliberalismo estaba confinado a una oscura zona de la derecha. Los teóricos del libre mercado sin restricciones como Friedrich Hayek y Milton Friedman eran considerados poco más que carcamales pasados de moda. La gran mayoría de los economistas y gobernantes eran partidarios de una economía mixta, con altos niveles de intervención estatal y gasto público.

Lo que cambió en la década de 1970 fue que la acumulación de contradicciones del capitalismo gestionado desde el estado precipitó una crisis que acabó con el gran *boom* y llevó al mundo a la Larga Recesión. El neoliberalismo es una respuesta a esa crisis. Esencialmente es una guerra de clases de los ricos globales contra todos los demás. Su objetivo es destruir las mejoras obtenidas por la clase obrera desde 1945, aumentar las tasas de explotación y de beneficio y redistribuir la riqueza desde el trabajo hacia el capital.

Su impulso inicial fue la intensificación de la competencia entre los capitalistas durante la Larga Recesión. La contracción de los mercados inducía a los patronos a reducir costes despidiendo obreros y reduciendo los salarios de los que mantenían. Una vez iniciado el proceso, se convirtió en una «carrera hacia el abismo» global y una característica permanente del nuevo orden económico surgido de la crisis. La era de las economías nacionales, los bloques autárquicos y el capitalismo gestionado desde el estado estaba quedando atrás y amanecía una nueva era en la que la economía global estaba dominada por bancos internacionales y corporaciones multinacionales fuera del control de los estados-nación.

El ascenso de las megacorporaciones financieras e industriales del capitalismo neoliberal puede seguirse atendiendo a muy variados índices. La inversión directa extranjera de Estados Unidos, por ejemplo, pasó de 11 millardos de dólares en 1950 a 133 millardos en 1976. El endeudamiento a largo plazo de las corporaciones estadounidenses pasó del 87 por 100 de su valor de mercado en 1955 al 181 por 100 en 1970.

Por dar otros ejemplos, el valor de las operaciones en divisas de los bancos de Europa occidental aumentó de 25 millardos de dólares en 1968 a 200 millardos en 1974; la deuda conjunta de los 74 países menos desarrollados aumentó de 39 millardos de dólares en 1965 a 119 millardos en 1974.

El goteo continuo de esos cambios cuantitativos durante el gran *boom* alcanzó un punto crítico en la década de 1970. Las corporaciones globales habían llegado por aquel entonces a eclipsar a los estados-nación. Comentando la Larga Recesión en 1984, Chris Harman decía:

Es como si estuviéramos volviendo a ver la película de la crisis de preguerra, pero con una diferencia: las empresas individuales en competencia que solicitaban préstamos a los bancos en una economía nacional han dado paso a capitalismos de estado y empresas multinacionales que piden créditos a los bancos internacionales en una economía mundializada.

Todo eso imponía una presión incesante sobre las clases dominantes nacionales obligándolas a aumentar la explotación de «su propia» clase obrera. Los salarios altos podían desalentar nuevas inversiones, al igual que los impuestos sobre el capital para mantener servicios públicos o subsidios de bienestar, y lo mismo podía pasar con las leyes destinadas a mejorar la seguridad en los lugares de trabajo, limitar la jornada laboral o garantizar los permisos de maternidad.

La contraofensiva de la clase dominante se ensayó por primera vez en Chile tras el golpe militar de 1973, y pronto la pregonaba igualmente Margaret Thatcher, elegida para dirigir el Partido Conservador británico en 1975. En 1979 se convirtió en primera ministra y ganó otras dos elecciones generales, permaneciendo en el puesto hasta 1990. Era una ferviente partidaria del neoliberalismo.

El anterior primer ministro conservador Edward Heath había sido zarandeado por las huelgas obreras en 1972 y derrotado en las urnas

en 1974. Margaret Thatcher, a quien ya se conocía como «la Dama de Hierro», estaba decidida a organizar un contraataque a gran escala contra los sindicatos, el estado del bienestar y la clase obrera. El blanco más importante eran los mineros, que habían encabezado la lucha contra el gobierno de Heath.

Un dilatado programa de cierre de pozos indujo a los mineros a una batalla desesperada por salvar su sustento y su ámbito tradicional. Se convirtió en la mayor huelga de la historia en el sector: 150.000 hombres en huelga durante un año (1984-85). Los mineros tuvieron que afrontar la violencia policial de estilo paramilitar, montajes judiciales y un montón de mentiras en los medios. Al final se vieron obligados por el hambre a volver al trabajo. La derrota de los mineros rompió la espina dorsal del sindicalismo británico. A principios de la década de 1970 la clase obrera británica era todavía una de las mejor organizadas y más combativas del mundo; desde 1985 la afiliación a los sindicatos ha bajado a la mitad y durante los últimos veinte años la tasa de huelgas en Gran Bretaña ha sido más baja que en cualquier otro periodo de duración parecida desde el siglo XIX.

A estas alturas está muy claro que la derrota de los mineros tenía importancia global: fue el avance más importante en el proyecto internacional de la clase dominante de aplastar la resistencia de la clase obrera al neoliberalismo. Su resultado inmediato fue que permitió a Thatcher y sus sucesores poner en práctica un gran programa de recortes y privatizaciones.

La privatización de los sectores y servicios públicos nacionalizados fragmenta las grandes unidades de negociación de los trabajadores de los servicios públicos, bien organizados, y crea las condiciones que permiten reducir los salarios cuando determinados patronos tratan de derrotar a sus rivales en la competencia por franquicias y contratos. Ese es el objetivo real de la mercantilización y la privatización: son mecanismos para debilitar la organización sindical, incrementar la inseguridad, reducir los salarios y redistribuir la riqueza desde los trabajadores hacia los grandes empresarios.

El capital privado sustituye al público como principal abastecedor de servicios públicos. En lugar de reciclar los ingresos provenientes de los impuestos como salario social en forma de alojamientos, hospitales, escuelas y bienestar, el estado paga a empresarios oportunistas para que se encarguen de ellos y reestructuren la oferta en función de la capacidad de pago. Los sindicatos se ven debilitados, los servicios

racionados y se reducen los costes. Los principales beneficiarios son las megacorporaciones globales del capitalismo neoliberal

La empresa de seguridad G4S es un ejemplo paradigmático. Es el resultado de una serie de adquisiciones y fusiones, que ahora emplea a 650.000 personas en 125 países: el 39 por 100 de ellos en Asia, el 19 por 100 en Europa, el 17 por 100 en África, el 9 por 100 en Norteamérica, el 8 por 100 en Latinoamérica y el 8 por 100 en Oriente Medio. En Gran Bretaña gestiona las prisiones, los servicios de vigilancia y la seguridad en los acontecimientos públicos. Es uno de los principales beneficiarios de la privatización del sector público. Sus ingresos por operaciones en Gran Bretaña en 2011 fueron de 1.590 millones de libras, pero solo pagó 67 millones de libras (el 1,5 por 100) como impuesto sobre el capital.

El final del capitalismo gestionado por el estado no significa por tanto el final del estado. Su papel en la gestión económica, la inversión industrial y las dotaciones de bienestar se ha reducido, pero ha aumentado en otros aspectos.

El estado ha sido siempre un gran mercado para el capital, pero las oportunidades de negocio crecen enormemente cuando se liquidan los servicios públicos. El gobierno británico, por ejemplo, está privatizando actualmente el Servicio Nacional de Salud, cuyo presupuesto anual es de 125 millardos de libras. Un puñado de empresas privadas dominarán pronto la atención sanitaria en Gran Bretaña.

El estado —incluidas instituciones interestatales como la Unión Europea y el Fondo Monetario Internacional— sigue desempeñando un papel central en la gestión de la crisis económica. Desde 2008 ha funcionado como mecanismo para inyectar billones de dólares en los bancos quebrados a fin de sostener el capital financiero internacional.

Y conviene tener presente que el papel primordial y original del estado como fuerza armada a utilizar contra los enemigos de la clase dominante en el país y en el extranjero —manifestaciones anticapitalistas, obreros en huelga, insurgentes guerrilleros, potencias regionales independientes— se ha reforzado durante la era neoliberal. Recortes, privatizaciones y una desigualdad creciente han disgregado la sociedad y han debilitado el consenso. Para mantener en funcionamiento los hospitales se necesitan médicos y enfermeras, pero para cerrarlos se necesitan policías. La globalización, la privatización y la militarización son los rasgos característicos del capitalismo neoliberal.

Nos han dado un nuevo orden mundial radicalmente diferente del que prevalecía bajo el capitalismo del gran *boom*, gestionado por el estado.

La ofensiva neoliberal iniciada en la década de 1980 bajo los gobiernos de Margaret Thatcher en Gran Bretaña y de Ronald Reagan en Estados Unidos tenía pues, además de aspectos socioeconómicos e ideológicos, otro bélico que se iba a manifestar en toda su crudeza asesina con decenas o centenares de miles de víctimas, casi todas ellas indígenas, en distintos países de Centroamérica, una de las regiones más pobres del planeta: Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua...

LA REVOLUCIÓN NICARAGÜENSE

El 25 de febrero de 1990 el gobierno sandinista de Nicaragua fue derrotado en las elecciones generales. Solo obtuvo el 40 por 100 de los votos, frente al 54 por 100 de sus adversarios conservadores de la Unión Nacional Opositora dirigida por Violeta Chamorro, que representaba a la clase media, los grandes negocios, la iglesia y los *contras*, una milicia asesina financiada, armada y entrenada por Estados Unidos con el propósito expreso de desestabilizar Nicaragua.

Estados Unidos había suprimido toda ayuda a Nicaragua y en 1982 había emprendido una guerra por delegación contra el país, en la que murieron más de 50.000 personas, que destruyó el 15 por 100 de su capacidad productiva y que obligó a los sandinistas a dedicar más de la mitad del presupuesto nacional a la defensa. La guerra hundió el nivel de vida de los nicaragüenses pobres y sabotó los programas sociales del régimen sandinista. El valor real del salario medio cayó una tercera parte entre 1981 y 1984. Al final de la década, el desempleo estaba por encima del 25 por 100. Las escuelas y los hospitales tenían que cerrar por falta de fondos. La tasa de analfabetismo, reducida al 12 por 100 en 1981, volvió a subir hasta el 30 por 100. La tasa de mortalidad infantil, que venía cayendo desde hacía años, comenzó a subir de nuevo a partir de 1986.

El pueblo nicaragüense entendía las razones de su pobreza y no culpaba de ella a los sandinistas. En las elecciones generales de noviembre de 1984 el 67 por 100 de los votos habían sido para el Frente Sandinista; pero ya no podían más y en 1990 los efectos del acoso a su país por el imperialismo estadounidense y el capitalismo mundial

—puesto que se trataba de eso, ni más ni menos— quebraron su voluntad y prefirieron poner fin al tormento. En cierto sentido, como explica el profesor Mike González de la Universidad de Glasgow, «los contras eran el puño de hierro y la UNO el guante de terciopelo».

¿Por qué odiaban tanto Nicaragua los dueños del mundo, especialmente los de Estados Unidos? Era uno de los países más pequeños y más pobres de la tierra, con una población de 3 millones de habitantes en 1978 y de un poco más de 4 millones en 1990. El PIB per cápita anual estaba entonces alrededor de 750 dólares, y el país en su conjunto solo representaba el 0,2 por 100 de la producción mundial, mientras que en Estados Unidos el PIB per cápita anual rondaba los 18.000 dólares y su producción suponía el 27 por 100 del total mundial. Nicaragua no constituía ninguna amenaza económica ni militar para Estados Unidos.

El problema era político. En julio de 1979 el pueblo nicaragüense había derrocado la brutal dictadura militar de los Somoza y había llevado al poder a los combatientes guerrilleros del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). Si eso se podía hacer en Nicaragua, quizá se podía hacer también en otros países de Centroamérica, en Guatemala, El Salvador, Honduras o Panamá, y acaso también en otros países de Latinoamérica; de hecho, quizá incluso más lejos, ya que el largo *boom* de posguerra había acabado, la economía mundial estaba de nuevo encenagada en la recesión, y los trabajadores y los pueblos del mundo volvían a luchar, ya fuera en Brasil, en Polonia o en Corea del Sur.

Al principio los gobernantes estadounidenses, todavía convalecientes de su derrota en Vietnam, habían ensayado durante la presidencia de Jimmy Carter un planteamiento de «poder blando» con respecto al dominio global, proclamando un nuevo compromiso con la democracia y los derechos humanos; pero aquello no duró. La presidencia de Ronald Reagan desde enero de 1981 había significado la vuelta a la retórica de la Guerra Fría, al aumento del gasto en armamento y a la agresión militar.

Nicaragua era un objetivo primordial. Allí, en el mismísimo «patio trasero» de Estados Unidos, brillaba el ejemplo de la resistencia armada, por lo que había que destruir el régimen sandinista y sofocar desde su nacimiento cualquier posibilidad de una revolución más amplia en Centroamérica. Los dictadores locales se rearmaron. Se enviaron escuadrones de la muerte a El Salvador. Se le concedió a la CIA un presupuesto inicial de 19 millones de dólares para operaciones encu-

biertas contra Nicaragua, y al poco tiempo agentes del gobierno estadounidense iban a financiar en secreto a la *contra* nicaragüense con los beneficios de ventas de armas a Irán (sí: a Irán).

Los sandinistas se encontraban pues en primera línea de fuego en el intento de Reagan de invertir «el síndrome de Vietnam» y de reafirmar el poderío estadounidense en todo el globo. Durante la década de 1980 Estados Unidos emprendió una de sus guerras más sucias contra los revolucionarios centroamericanos. Los hombres que armaban y entrenaban eran a menudo terroristas sádicos. Dado que la resistencia estaba muy enraizada entre los pobres, prácticamente todo el mundo podía ser blanco de su vesania: quemaban las cosechas, destruían las aldeas, asesinaban a hombres, niños y ancianos y violaban a las mujeres. Lo peor se solía reservar para los combatientes sandinistas capturados. Un miliciano informaba más tarde: «A Rosa le cortaron las tetas y luego le abrieron el pecho y le sacaron el corazón. A los hombres les rompían los brazos y les cortaban los testículos. Los mataban abriéndoles la garganta y sacándoles la lengua por la hendidura abierta». Medio millón de personas huyeron del terror de la *contra* durante los primeros cuatro años de la guerra, reduciendo la capacidad productiva de la economía y creando una crisis de refugiados en las ciudades. El objetivo era destruir el régimen sandinista mediante un proceso de aislamiento, terror y lento estrangulamiento. El objetivo era borrar el ejemplo de julio de 1979: mostrar que la revolución era imposible.

Anastasio («Tachito») Somoza Debayle era el tercero de una dinastía de dictadores nicaragüenses que se habían hecho con el poder en 1937. La familia Somoza llegó así a ser la más opulenta de Nicaragua, acumulando riqueza mediante sus latifundios, las inversiones financieras y al final apropiándose los fondos de ayuda internacional donados tras el enorme terremoto que destruyó el 75 por 100 de Managua, la capital, en diciembre de 1972. Aquel capitalismo gangsteril estaba protegido por el control directo del dictador sobre la Guardia Nacional. Las protestas suscitaban siempre una represión brutal. Aquello funcionó durante más de 40 años, en particular conteniendo eficazmente la resistencia guerrillera del FSLN en parte del país. Pero en septiembre de 1978 las cosas comenzaron a cambiar.

Los levantamientos de masas en varias ciudades fueron reprimidos con la violencia habitual, pero esta vez la gente estaba demasiado encolerizada para detenerse y la resistencia no se amilanó. Estados Unidos, percibiendo el cambio en la dirección del viento, interrumpió el

suministro de armas a Somoza. El FSLN lanzó una nueva ofensiva y a principios de junio sus líderes se sentían lo bastante confiados como para llamar a un levantamiento general.

Las últimas semanas del régimen fueron excepcionalmente sangrientas. Las insurrecciones en los barrios fueron a veces aplastadas mediante bombardeos desde aviones y helicópteros. La Guardia Nacional los devastaba con saña, matando, violando y torturando sin distinción; pero cada asalto asesino hacía salir a nuevos combatientes a las calles de los barrios urbanos y a los campos de entrenamiento sandinistas en los montes y la selva. El 19 de julio Managua cayó en manos de las fuerzas revolucionarias. Cuatro de las siete ciudades principales de Nicaragua estaban en ruinas. Un país desesperadamente pobre despertaba aún más pobre. La herencia recibida por los sandinistas era tétrica.

El FSLN tomó su nombre de Augusto César Sandino, un luchador antiimperialista que se había negado a rendirse y entregar sus armas tras una rebelión liberal-constitucionalista en 1926, manteniendo la resistencia guerrillera frente a la Segunda Ocupación estadounidense de Nicaragua. Tras la retirada de los marines estadounidenses y la firma de un acuerdo de paz con el presidente Sacasa, Sandino fue detenido y asesinado el 21 de febrero de 1934 por orden de Anastasio («Tacho») Somoza García, el fundador de la dinastía. La elección de su nombre reflejaba la política de los sandinistas: eran antiimperialistas y reformistas radicales, pero no revolucionarios *socialistas*. La revolución cubana les había proporcionado su modelo primordial cuando se fundó el FSLN en 1961. La guerra de guerrillas rural fue desde entonces su principal *modus operandi*.

En 1979 Nicaragua no solo estaba empobrecida y devastada, sino que seguía siendo lo que siempre había sido: un país que se alimentaba de la granjería de subsistencia y producía para la exportación artículos agrícolas como el café. Los sandinistas hicieron lo que pudieron para redistribuir cierta riqueza y proporcionar un mínimo básico para todos, pero ese proceso estaba muy condicionado: necesitaba ayuda extranjera, créditos extranjeros, inversión extranjera y mercados extranjeros. Los sandinistas necesitaban esas cosas tanto para hacer crecer su economía como para defender su estado, y eso exigía importantes concesiones a los capitalistas, tanto a los propios como a los extranjeros.

Dos terceras partes de la economía seguían en manos privadas. Los supermercados del dólar vendían bienes importados a los nicara-

güenses que disponían de riqueza y moneda fuerte para comprarlos, mientras que en los comercios populares cercanos los anaqueles podían estar vacíos, a menudo de artículos tan esenciales como la pasta dentífrica y el papel higiénico, y a veces incluso de arroz o café.

La carga de la construcción de infraestructuras básicas e industrias y de mantener un considerable ejército caía principalmente sobre los obreros, los campesinos y los pobres. Las prioridades del régimen eran la austeridad, la producción y la defensa. El estado sandinista tenía sus propios intereses —la supervivencia nacional— que estaban en contradicción con las necesidades materiales del pueblo.

El régimen seguía siendo popular, con una gran base de masas: más de medio millón de nicaragüenses, el 15 por 100 de la población total, participaban en una u otra organización sandinista en 1982. Pero era una estructura «de mando» de arriba abajo para transmitir las prioridades de la dirección sandinista a la sociedad, no una democracia de abajo arriba capaz de formular y promover alternativas.

La revolución nicaragüense se vio atrapada por la pobreza y la guerra, y esas limitaciones la estaban deformando hasta convertirla en una caricatura de sus primitivas aspiraciones. La independencia nacional en un mundo de corporaciones gigantes y potencias imperiales se estaba demostrando un espejismo imposible. La única solución habría sido la formación de una alianza con obreros, campesinos y pobres de los países vecinos, dando un apoyo pleno a sus luchas e intentando así extender la revolución, quizá primero a Centroamérica y luego a los grandes centros de la clase obrera latinoamericana como Ciudad de México, São Paulo, Buenos Aires y otros.

La lección clave del gobierno de Allende en Chile es que los logros del socialismo dependen del desmantelamiento del estado capitalista. La lección clave de la revolución nicaragüense es que también dependen de la solidaridad internacional. El capitalismo es un sistema global, por lo que no se puede construir «el socialismo en un solo país». El poder económico de los mercados globales y el poder militar del imperialismo destruirán antes o después cualquier intento de construir el socialismo aislándose del resto del mundo.